

marías. Los que se requerían para el estudio de los temas principales en las escuelas de leyes y medicina se importaban de Francia, escritos en el idioma de aquel país. Vasconcelos armó, entonces, brigadas de maestros, llamadas brigadas culturales, que penetraron hasta los más apartados lugares del país enseñando a leer y a escribir a unos, para que enseñaran a los otros. De todos modos había que editar algunos libros de lectura para niños, y Vasconcelos escogió para ello obras y resúmenes de las obras de los escritores clásicos. Editó millares de las obras de los autores clásicos griegos y latinos, así como de autores modernos, obras que eran conocidas en México únicamente por la élite intelectual de la nación. Envió a Europa por un tiempo a pintores, músicos y literatos que regresaron a desenvolver su obra en México. De estos artistas destacaron mundialmente Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. Después se les reuniría José Clemente Orozco. Invitó a venir a México a intelectuales y artistas de América Latina y de Estados Unidos y, en muy poco tiempo, México se convirtió en la luminaria cultural del Continente. Multitud de jóvenes latinoamericanos vinieron a estudiar en la Universidad Nacional atraídos por el prestigio del movimiento cultural mexicano.

Pero los fondos se agotaron y Vasconcelos salió de la Secretaría de Educación en 1923.

Precisamente en ese año 1923, el gobierno de los Estados Unidos organizó un poderoso movimiento militar contra Obregón, jefaturado por Adolfo de la Huerta. El rigor del bloqueo económico y diplomático de los Estados Unidos contra Obregón había logrado crear disgusto entre el pueblo y los militares, quienes se quejaban de la escasez de casi todo lo necesario para la subsistencia. Fue entonces cuando Obregón se vio precisado a pactar con el gobierno norteamericano el convenio que éste exigía, es decir, que el artículo 27 de la Constitución no fuese aplicado a las empresas mineras

y petroleras norteamericanas. Ese convenio se conoce como Tratado de Bucareli. El petróleo, las minas y los latifundios propiedad de norteamericanos no podrían ser tocados por el gobierno de México ni deberían pagar impuestos por su producción.

La rebelión delahuertista estalló, de todos modos, pero Obregón la sofocó rápidamente ya con el reconocimiento diplomático de los Estados Unidos.

A Obregón le sucedió en el poder el general Plutarco Elías Calles.

Cuando Obregón entregó el poder al general Plutarco Elías Calles, el clero estaba furioso por haber fracasado en su intento de eliminar a Obregón. De modo que Calles empezó su gobierno en medio de una intensa agitación clerical que, en ese momento, sólo buscaba cambiar al gobierno, al que acusaba de comunista, por otro más tolerante con las actividades de la Iglesia. Pero como estas actividades del clero, sobre todo las de carácter público, habían sido prohibidas por el artículo 130 de la nueva Constitución, Calles no podía ceder a la exigencia clerical. Expidió, entonces, la Ley de Cultos, reglamentaria del artículo 130 constitucional, para tener base legal concreta para someter al clero al orden constitucional. El clero llamó persecutoria a esa ley y contraria a los supuestos derechos de la Iglesia y, en 1926, llamó a la rebelión armada contra el gobierno provocando el levantamiento de los campesinos del Bajío que se conoce como Guerra de los Cristeros. Fue una guerra sangrienta que costó más de mil vidas de mexicanos y duró más de tres años.

En medio de esta agitación, Calles inició la obra de reforma de la nación. Había que hacerlo todo. Empezó por uniformar al ejército y convertirlo en un ejército profesional. Construyó cuarteles y ciudades militares, como la de Monterrey. Creó la escuela secundaria y la extendió a todos los lugares donde fue posible. Inició la

construcción de carreteras empezando por la de México-Puebla que era un camino de herradura desde los tiempos de Hernán Cortés. Construyó la carretera México-Guadalajara y la de México a Nuevo Laredo. Construyó dos presas para la captación de agua, una en Aguascalientes y la otra en Nuevo León, la de Don Martín, en Ciudad Anáhuac. Abrió la escuela de agricultura de Chapingo. Creó el Banco de México para centralizar la emisión de moneda y construyó numerosas escuelas tanto en el Distrito Federal como en los estados. Mientras tanto, los gobernadores del nuevo régimen hacían lo suyo en los lugares donde gobernaban. En Monterrey el gobernador Aarón Sáenz construyó la escuela monumental Álvaro Obregón y otras monumentales como la Fernández de Lizardi. Pavimentó todas las calles céntricas de la ciudad y pudo regularizar el pago de sus sueldos a maestros y burócratas. La ciudad empezaba a respirar aire nuevo. En el resto de la República el general Calles construyó el ferrocarril Sudpacífico y en México los Talleres Gráficos de la Nación para la edición de libros escolares.

El general Álvaro Obregón pretendió reelegirse presidente de la República para suceder al general Calles. A pesar de que esa pretensión violaba el principio de la no reelección proclamado por la Revolución, el general Obregón fue el ganador en las elecciones. Pero este hecho dividió al ejército en partidarios de la reelección y partidarios de la no reelección. Aprovechando esta circunstancia la Iglesia acentuó aún más su agitación contra el gobierno con lo que contribuyó a crear un clima de violencia que se extendió a casi toda la población. Al final, el clero resultó triunfante al asesinar al general Obregón, antes de que tomara el poder, por medio de José de León Toral, un enajenado que se había enamorado de una monja, la madre Conchita.

Muerto Obregón, se designó a Emilio Portes Gil para que sustituyera a Calles y en el término de un año

convocara a nuevas elecciones para presidente de la República.

Lo primero que hizo Portes Gil fue llegar a un acuerdo con la alta jerarquía del clero para terminar con la guerra de los cristeros que desangraba al país. El acuerdo consistió en que el clero terminaría con la guerra a cambio de que el gobierno se hiciese de la vista gorda para que la Iglesia efectuara todas sus actividades al margen de la ley. Esta fue la primera concertación violatoria de la ley.

Al dejar la presidencia el general Plutarco Elías Calles convocó a todos los partidarios de la Revolución, fuesen o no fuesen militares, a formar un partido político que se encargara, en primer lugar, de unificar a la mayoría de la población para impedir que siguieran suscitándose disputas entre la misma que a veces llegaban hasta el uso de las armas y, en segundo, para que ese partido se encargase de formular el programa de trabajo del gobierno de acuerdo con los mandatos de la Constitución. Ese partido se formó en 1929 y se le puso el nombre de Partido Nacional Revolucionario PNR.

Para suceder a Portes Gil, ese partido propuso como candidato a Pascual Ortiz Rubio, un viejo revolucionario de Michoacán. Pero estaba claro ya entonces que el general Calles había asumido un poder extralegal, apoyado en el ejército, y que la candidatura de Ortiz Rubio era una imposición del propio general Calles. Fue entonces cuando entró al primer plano político la generación a la que yo pertenezco. Los jóvenes de México lanzamos la candidatura de José Vasconcelos para presidente de la República en oposición a la candidatura oficial de Ortiz Rubio. La campaña política fue tormentosa y algunos estudiantes perdieron la vida en las luchas callejeras, mientras que cientos de gentes del pueblo fueron asesinadas o desaparecidas. Se había declarado la dictadura del general Calles por encima del gobierno. No obstante, en esa lucha los estudiantes obtuvieron la

autonomía de la Universidad Nacional de México. El triunfo electoral lo obtuvo Pascual Ortiz Rubio.

Ese mismo año de 1929 estalló la gran crisis en los Estados Unidos que paralizó las actividades de aquella nación. Como consecuencia, paró sus labores la industria petrolera de México, subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey, dejando sin trabajo a la mayoría de sus obreros. Pararon sus labores también las minas, por falta de mercado en los Estados Unidos. Y la incipiente industria mexicana también se vio en serias dificultades para sobrevivir.

A pesar de la crisis, el gobierno de Ortiz Rubio expidió la Ley Federal del Trabajo cuyo efecto inmediato fue legalizar la jornada de trabajo en ocho horas, ya que nunca se había reglamentado y por lo regular se trabajaba diez horas por jornada.

A Ortiz Rubio le sucedió el general Abelardo L. Rodríguez, quien creó el Banco Nacional de Obras Públicas para ayudar a los estados a realizar sus propias obras y creó, asimismo, la Nacional Financiera, para ayudar a los empresarios a instalar nuevas industrias y expandir las ya existentes.

En 1934 llegó al poder el general Lázaro Cárdenas. El primer acto del gobierno cardenista fue desembarazarse de la tutela política del general Calles a quien, finalmente, expulsó del país. Puso en vigor inmediatamente la Ley Federal del Trabajo y los obreros empezaron a organizarse en sindicatos y a contratar colectivamente con sus patrones. Aumentaron los salarios y los sindicatos, todos, se reunieron para formar la Confederación de Trabajadores de México, la CTM. Después el general Cárdenas fraccionó las haciendas de la Laguna, en Coahuila, y repartió las tierras entre los campesinos que las trabajaban. Y al repartirse la riqueza que generaban esas tierras entre miles de campesinos cambió la condición social de éstos y sus efectos se hicieron

sentir inmediatamente. Torreón, que es la capital de la zona lagunera, se convirtió en una ciudad moderna dejando atrás su condición de aldea a la que la tenían reducida los terratenientes. Después el general Cárdenas repartió el enorme latifundio michoacano llamado Lombardía y Nueva Italia, y surgió así la ciudad de Apatzingán que, desde el tiempo de Morelos, seguía siendo un simple caserío. Como consecuencia, la industria de Monterrey tuvo un inmediato y rápido crecimiento. La Cervecería Cuauhtémoc duplicó su producción de cerveza y creó la fábrica de cartón Titán para producir los empaques del embotellado. Se crearon las fábricas de Troqueles y Esmaltes, la de Vidrio Plano, Cristalería, la fábrica de focos, las fábricas Orión, las fábricas de ropa Medalla, Mánchester y Perfecto. Se establecieron bancos locales para el desarrollo y la ciudad empezó el despegue como gran ciudad industrial. Cambió totalmente su aspecto urbanístico, pero continuaba la traba de falta de energía eléctrica, puesto que el general Bernardo Reyes había concesionado el servicio por cincuenta años a una compañía norteamericana.

La obra de Cárdenas continuó en el campo. Construyó el Ferrocarril del Sureste, de Veracruz a Yucatán, ya que esta península permanecía aislada del cuerpo de la República sin más comunicación que por mar.

Creó el Instituto Politécnico Nacional para preparar técnicos mexicanos en las más altas disciplinas. Al empezar el gobierno de Cárdenas la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey producía cien mil toneladas de fierro al año y al terminar el gobierno producía ya ciento cincuenta mil toneladas.

Se trataba de una verdadera revolución económica y social. Después de la formación de la CTM se formó la Confederación Nacional Campesina que agrupó a casi la totalidad de los campesinos del país. El partido político formado por Calles fue transformado en otro, el Partido de la Revolución Mexicana, integrado por varios secto-

res de la población, el obrero, el campesino y el popular. La mayoría de la población apoyaba esta revolución de Cárdenas y numerosos miembros de la generación del 29, la nuestra, abandonaron las aulas para participar directamente en los acontecimientos importantes que se sucedían diariamente en virtud de la energía política reformativa de Cárdenas.

En 1938 el general Cárdenas expropió la industria petrolera cuando las empresas propietarias, la Standard Oil y la Royal Deutch se negaron a firmar contrato colectivo con sus trabajadores. El escándalo nacional e internacional que provocó la expropiación fue mayúsculo. Inglaterra rompió relaciones con México y la Standard Oil bloqueó a Pemex; la nueva empresa mexicana se vio privada de toda ayuda financiera y de insumos del exterior para continuar y mejorar las labores de producción. La gritería de los sectores retardatarios del país acusando a Cárdenas de torpe, de comunista y de destructor de la principal industria de México que era la petrolera. Se pensaba que los mexicanos no tenían ninguna capacidad para manejar una industria de ese tamaño y menos aún con el bloqueo de los norteamericanos. La agitación llegó a tal extremo que en unos cuantos meses más se levantó en armas contra el gobierno el general Saturnino Cedillo, rebelión que fue prontamente sofocada por el ejército.

Otra de las grandes obras del general Cárdenas fue la puesta en operación de la Comisión Federal de Electricidad. Sin embargo, la energía producida por la CFE no podía ser introducida a las ciudades, como Monterrey, porque éstas se encontraban bajo el dominio de las empresas norteamericanas que detentaban la concesión por cincuenta años. En virtud de su expansión, la Cervecería Cuauhtémoc se vio obligada a construir su propia planta de energía, para su uso exclusivo, y lo mismo hizo la Fundidora de Monterrey. En cuanto a energía eléctrica Monterrey seguía igual que en 1910 y el resto del estado seguía a oscuras.

Al general Cárdenas le sucedió el también general Manuel Ávila Camacho.

Los conservadores y retardatarios mexicanos lanzaron la candidatura presidencial del general Juan Andrew Almazán para unificar a todas las fuerzas opositoras al gobierno de Cárdenas en contra de la candidatura de Ávila Camacho. La contienda electoral entre Ávila Camacho y Almazán ha sido la más violenta de las que han ocurrido en el país. Al final de esa campaña se creó el Partido de Acción Nacional, con los restos de la rebelión cristera, con los terratenientes expropiados por Cárdenas y por intelectuales de medio pelo educados por el clero. Este partido nació lleno de odio por la obra de la Revolución y, particularmente, por la obra de Cárdenas. Tuvo inmediatamente gran influencia en los medios de comunicación y contó para su sostenimiento y propaganda con el dinero que le proporcionaba la llamada aristocracia mexicana. Sin embargo, la mayoría del pueblo había establecido ya una relación política con el gobierno sobre la base del cumplimiento de la Constitución por parte del sector oficial. Acción Nacional obtuvo siempre una votación mediocre en todas las elecciones en que participó desde aquel tiempo hasta que Salinas de Gortari, quien abandonó las banderas del partido de la Revolución para tomar como suyas las del Partido Acción Nacional.

Ávila Camacho emprendió con mayor energía la obra constructora de la Revolución. Como, a pesar del progreso, México carecía de capitalistas inteligentes y audaces, el gobierno se vio precisado a construir fábricas, las necesarias para continuar el desarrollo de la nación. El gobierno creó Altos Hornos de México, toda vez que la Fundidora de Monterrey resultaba obsoleta e incapaz de satisfacer los requerimientos del México nuevo. Construyó la fábrica de tubos sin costura para las perforaciones de Pemex. Con el esfuerzo de los trabajadores petroleros mexicanos, Pemex resolvió sus princi-

pales problemas de operación y producción, aún con el bloqueo de los norteamericanos. El país se llenó de escuelas. Se abrieron carreteras a Oaxaca, a Ciudad Juárez, a Veracruz y Acapulco. Se pusieron en operación obras de riego como la presa El Palmito, en la Laguna, Álvaro Obregón, en Sonora, Valsequillo en Puebla y otras más. Se inició la construcción de grandes plantas termoeléctricas por la Comisión Federal de Electricidad para abastecer de energía a la nación, con excepción de las ciudades que, como Monterrey, seguían sufriendo el dominio de la empresa concesionaria.

Entró al gobierno Miguel Alemán en seguida de Ávila Camacho y su obra hidráulica fue excepcional. Construyó presas y canales y la producción agrícola de México fue puesta de modelo en el ámbito internacional. Construyó la Ciudad Universitaria de la ciudad de México. Aumentó el kilometraje de carreteras construidas y emprendió tantas obras urbanas y rurales que su gobierno ha sido celebrado como uno de los más constructores de la nación. Cambió el nombre del partido de PRM por P.R.I.

Ruiz Cortines empuñó su máximo esfuerzo en la creación de los sistemas de riego de Sonora y Sinaloa, construyó enormes presas que captaron las aguas de catorce ríos y que hicieron de aquellos lugares el granero principal de México. Inauguró la presa de La Amistad sobre el río Bravo. Construyó la carretera central que une a México con Monterrey pasando por San Luis y Matehuala, y, en el terreno de la política promovió la renovación de las generaciones en el gobierno.

López Mateos remató el ciclo del rescate para la nación de sus recursos naturales. Nacionalizó la industria eléctrica. Con esta acción del gobierno, México había rescatado y puesto a su servicio los recursos fundamentales del progreso de una nación, y que antes estaban en manos extranjeras impidiendo ese progreso. Cárdenas había destruido los latifundios que acaparaban unos

cuantos dueños y que dejaban a millones de campesinos sin tierra y sin trabajo; también Cárdenas había nacionalizado el petróleo cuya propiedad detentaban empresas internacionales y, ahora, López Mateos rescataba el servicio de energía eléctrica a la nación, que estaba también en poder de empresas extranjeras.

El efecto de la nacionalización de la energía eléctrica fue inmediato y expansivo. La Comisión Federal de Electricidad pudo penetrar a todas las ciudades del país y extender su servicio a todos los lugares de la nación donde fuese necesario. Las ciudades florecieron y la producción industrial aumentó enormemente su volumen. La velocidad de crecimiento de la nación a partir de López Mateos fue impresionante. Se desarrollaron zonas industriales de altísimo poder económico como Vallejo y Tlalnepantla en el Estado de México, en el Distrito Federal, en Jalisco y sobre todo en Monterrey y sus municipios conurbados.

El proyecto de los primeros hombres de la Revolución de crear una nación nueva, moderna e independiente, se había logrado. Y todo a pesar de la oposición sistemática y a veces violenta de los sectores retardatarios que se oponían y se oponen al progreso independiente de la nación.

Mientras tanto, los gobernadores hacían lo que a ellos correspondía. La ciudad de Monterrey fue completamente transformada. Sus antiguas calles lodosas se convirtieron en modernas avenidas. Se levantaron edificios públicos, se canalizó el río Santa Catarina, se construyeron carreteras que comunican todos los lugares del estado, de norte a sur y de oriente a poniente. Se construyó la Ciudad Universitaria y se aseguró el abastecimiento de agua para la ciudad. Todo el estado estaba electrificado y la industria se desarrollaba constantemente con base en los recursos fundamentales.

En otras partes del país ocurre lo mismo. Guadalajara y Puebla son ahora ciudades del primer mundo. Los puertos turísticos son también del primer mundo, como Acapulco, Cancún, Puerto Vallarta y los del Pacífico sur.

México no es ahora lo que fue en 1920. Todo se logró en sólo setenta años, gracias al esfuerzo del sector revolucionario de la sociedad, integrado por obreros, campesinos, maestros, profesionistas, artistas, intelectuales y algunos industriales patriotas que se apoyaron unos a los otros aunque a veces riñeron entre ellos cuando los cuadros de mando mostraban debilidad o equivocaron el camino. Contra la fuerza militante de este sector se estrellaron siempre los esfuerzos por cambiar el rumbo de la nación por las fuerzas retardatarias de la sociedad, jefaturadas ahora por Acción Nacional.

No obstante, Acción Nacional ha ganado terreno político en el país a partir del gobierno de Miguel de la Madrid, que empezó a demoler el aparato del Estado mexicano, de sus instituciones económicas y sociales. La destrucción de este Estado fue llevado hasta sus últimas consecuencias por Carlos Salinas de Gortari. En este esfuerzo destructor de la obra de la Revolución Mexicana se hermanaron las acciones oficiales con los propósitos revanchistas de Acción Nacional y sus representantes.

Después de lo dicho, no puede afirmarse, sin rubor, que los últimos setenta años han sido perdidos para México por errores del gobierno y de la Revolución.

Ahora bien, cuando Vasconcelos estuvo en la Secretaría de Educación Pública, en 1923, se dio cuenta de que la educación escolar obligatoria que preconizaba la Constitución de 1917 no podía funcionar como lo deseaban los constituyentes, porque, en primer lugar, en aquel tiempo, en México no había ni libros ni útiles escolares y, en segundo, porque no podía obligarse a los ni-

ños a concurrir a la escuela en tanto que la mayoría de ellos eran hijos de campesinos pobres, de arrieros o de obreros semiesclavizados en las fábricas y los obrajes. Los niños trabajaban igualmente que sus padres y la familia apenas si tenía algún mendrugo para sustentarse.

Fue entonces cuando Vasconcelos decidió que la obligación de asistir a la escuela, que la Constitución imponía a los niños, solo podría cumplirse en el caso de que el Estado se obligase a proporcionar el desayuno escolar, sin cuya condición salía sobrando la optimista disposición constitucional.

El Estado mexicano, en aquel tiempo, el tiempo de Obregón, no estaba en condiciones de satisfacer este requerimiento y todo quedó en un propósito oficial, aunque la disposición constitucional de educación obligatoria quedó vigente.

El trabajo desarrollado por los hombres de la Revolución cambió la situación del país y las condiciones económicas del estado. Así, el gobierno de Ruiz Cortines pudo implantar la práctica de proporcionar desayunos a los niños que concurrieran a las escuelas y así se cumplió, en parte, el propósito constitucional de que todos los niños pudiesen asistir a las escuelas.

Más tarde, el presidente López Mateos retomó el mandato constitucional de que todos los niños asistiesen a las escuelas. Pero ahora con el criterio de que la obligatoriedad de asistir a la escuela no se satisfacía únicamente con proporcionar el desayuno escolar, sino que era también necesario proporcionar a los niños un libro de texto para estudiar sus lecciones, ya que la mayoría carecía de libros para realizar satisfactoriamente su aprendizaje. El libro, así como el desayuno escolar, debía ser proporcionado por el Estado en tanto que éste era el sujeto pasivo de la disposición constitucional. Y entonces se editaron millones de libros escolares gratui-

tos, relativos a las materias propias de la educación primaria.

Por supuesto que en el lote de libros que se entregaba al escolar estaban el libro que se refería a las ciencias de la naturaleza y a la historia de México. Ambos libros estaban escritos por técnicos y pedagogos de la Secretaría de Educación Pública. Sin embargo, desde el momento de su primera distribución se desató una furiosa campaña contra la entrega de esos libros, tachándolos de comunistas y atentatorios contra el orden social y la unidad nacional.

La campaña de la rebelión contra el libro de texto se extendió por todo el país y, en algunos lugares, alcanzó proporciones insospechadas y amenazantes, como sucedió aquí, en Monterrey.

Lo cierto es que detrás de esa campaña de agitación y rebeldía estaba, en primer término, el clero, que no admitía de ningún modo que se diera a conocer a los niños la teoría de la evolución en el libro sobre ciencias naturales. Mucho menos admitía el clero que en el libro sobre historia de México se exaltara la obra de Hidalgo y de Juárez como la creadora de nuestra nacionalidad. De otro lado, estaba un grupo de empresarios retardatarios que no admitían, a su vez, que en el libro de historia se hablase de los viejos latifundios, del ejido, ni de los sindicatos y su función social.

Aquella oposición retardataria fue finalmente vencida, pero tanto el clero como el Partido Acción Nacional, que participó destacadamente en la lucha contra el libro de texto gratuito, en el tiempo de López Mateos, mantienen vivo el rencor contra esos libros y sólo esperan la oportunidad de eliminarlos o, lo que es peor, ponerlos al servicio de su propia concepción de las ciencias de la naturaleza y de la historia de México.

Sería una verdadera desgracia para México si Acción Nacional ganara en estas elecciones suficiente influencia política para determinar el contenido del libro de texto. Entonces Hidalgo sería vilipendiado, Juárez presentado como un traidor, Porfirio Díaz como un héroe del progreso, Madero como un tonto, Calles como un salvaje, Cárdenas como un comunista destructor, López Mateos como un atolondrado y así por el estilo.

El libro de texto gratuito se ha convertido en la prensa más codiciada de Acción Nacional. Lo quiere para cambiar la historia de la nación, como ya se ha intentado recientemente. Por esto mantiene oculta esta pretensión en la campaña electoral a pesar de que la dirección nacional del partido ya estableció su criterio al respecto.

Por otra parte, es propósito del partido Acción Nacional entregar a la iniciativa privada los últimos recursos naturales de la nación que fueron rescatados por la obra de la Revolución en estos últimos setenta años.

Es propósito fundamental de ese partido, en caso de tener la fuerza política necesaria para lograrlo:

Enmendar el artículo 28 constitucional ...promoviendo la desintegración de monopolios públicos con excepción de aquellas actividades que por su propia naturaleza debe controlar el Estado, como son seguridad nacional y la emisión de moneda".

Esta es, sin duda, la forma elegante de anunciar el propósito de ese partido de privatizar Pemex y todos los bienes que actualmente administra el gobierno, como, en Monterrey, los servicios de Agua y Drenaje.

Pero ¿quién les habrá dicho a estos ignorantes que Pemex es un monopolio, cuando esta empresa es propiedad de todos los mexicanos, inclusive de aquellos que quieren privatizarlo? ¿A quién excluye Pemex, para ser